

Waldo Rojas:

“El Poema Sabe Más Que el Poeta”

por Pedro Pablo Guerrero

Desde París, donde se radicó hace 22 años, este destacado exponente de la Generación del 60 reflexiona acerca de su libro antológico «Poesía continua». El volumen, publicado por la Editorial Universidad de Santiago, reúne parte de sus obras más representativas, desde «Príncipe de naipes» (1966) hasta «Fuente itálica» (1990).

COMO la mayoría de sus compañeros generacionales, Waldo Rojas (Concepción, 1944) comparte con ellos un origen provinciano, varias décadas en el extranjero y una constante labor creativa que se ha traducido a varios idiomas en diversas antologías y reediciones. Casado con Eli, la hija del novelista Juan Godoy (el autor de *Angurrientos*), tiene por vecinos y amigos a otros dos chilenos: los cineastas Raúl Ruiz y Valeria Sarmiento. Su «familia en la ocurrencia», como los llama este poeta que, además de escribir, se desempeña en una de las universidades más prestigiosas de Europa:

—Desde hace ya más de cuatro lustros enseño en La Sorbonne, en el área disciplinaria de la Historiografía y la Metodología de la Historia. Poco que ver con la poesía, ¿no? Esto me permite distraer parte del tiempo de mi obra en una actividad remunerada, y parte de mi remuneración en hacer algo que no implique anuencia forzosa ni a los poderes ni al público del día. Es el precio de la libertad de creación, que nuestro tiempo, creo, requiere más que la libertad de empresa.

“No se juega impunemente con las palabras”

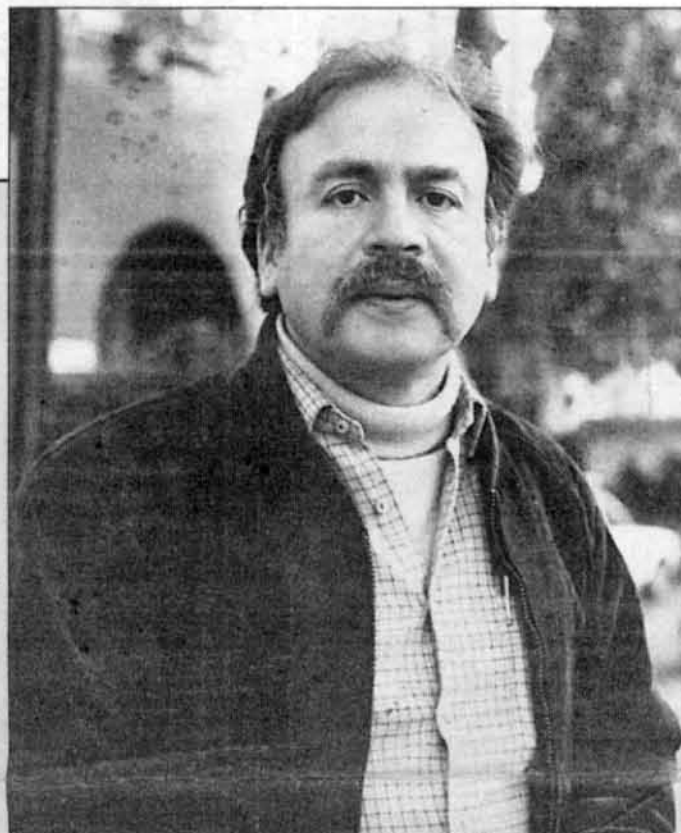
—¿Cómo nace Poesía continua?

—Su causa eficiente fue sin duda la proposición del director de la Editorial Universidad de Santiago, Samuel Navarro, durante un encuentro en París, y la buena acogida de la idea por sus colaboradores literarios, entre ellos Mariano Aguirre, quien ha tenido no poco que ver en su forma definitiva.

—¿El título alude a un camino de creación sin rupturas?

—Los títulos son asunto de rótulo, o sea, etimológicamente, de búsqueda de una forma susceptible de rodar sola. En este caso se trata de una suerte de título de títulos. La idea de “continuidad” aquí aludida es menos una sanción adjetiva que, por así decirlo, la sugerencia al lector de una indicación o modo de empleo. En treinta años de escritura poética he preferido de manera deliberada, dicho en jerga agronómica, el cultivo intensivo más bien que el extensivo, sobre la base de un trabajo consciente de afinamiento e intensidad progresivos de algunas pocas obsesiones personales. Sí, se trata de un tal “camino”, palabra que en griego, por lo demás, se traduce por métodos.

—En Príncipe de Naipes hay poemas que se podrían leer, retrospectivamente, como una premonición: “la tragedia de este rey no horripila en el destierro” (Pez); “Pero nosotros, nacidos más para el vuelo que para el arraigo”



Waldo Rojas: “En treinta años de escritura poética he preferido de manera deliberada, dicho en jerga agronómica, el cultivo intensivo más bien que el extensivo”.

(Pájaro en tierra).

—Ya me lo han advertido en otras ocasiones. No quita que es para mí un tanto perturbador... Aunque no me dejo seducir por este tipo de tentaciones “ocultistas”. Valga decir, sin embargo, que el modo poético de agenciar las formas ofrecidas por el lenguaje es susceptible de sensibilizar o potenciar al extremo sus zonas evocatorias, de manera luego incontrolable. Ya lo he dicho en alguna parte: el poema “sabe” más que el poeta. Y no se juega impunemente con las palabras.

—“No hay peor poema que el que no se escribe”, afirma el hablante de Moscas, en 1966. ¿Es todavía una de sus premisas creativas?

—Si debiera renunciar a algún poema mío, no

sería precisamente éste, aunque viejo ya de treinta años. Quien toma la palabra de ese modo, más que el hablante, es una voz a la cual este último acabará por identificarse justamente al cabo del poema y por obra suya. Más que una “premisa” se trata de un juego especular, en abismo. La premisa seguida hasta hoy sería más bien aquella de incluir en un texto imágenes que traduzcan alguna reflexión sobre su propia condición de posibilidad en tanto que tal texto.

—“La poesía no es lenguaje de la comunicación, ella es más bien su fracaso y la postulación de ese fracaso”, escribió una vez. ¿Entonces la poesía es un monólogo?

—Dicho en breve, de lo que se trata en esta afirmación es de una verdad simple: no se escriben poe-

El Autor y la Generación del 60

—La profesora Carmen Foxley constata rasgos comunes a los miembros de su generación: procedencia provinciana, experiencia del exilio, autoconciencia del quehacer poético, intertextualidad y obras sujetas a frecuentes revisiones. ¿Cuál de estas características es más determinante en su poesía?

—Esos y otros rasgos, así como sus límites y reservas, señalados con justeza y lucidez por Carmen Foxley, son en efecto pertinentes y advertibles. Suficientemente vastos como para homologar, más o menos externamente, una producción de todos modos muy diversa y hasta disímil. En mi caso, el análisis de Carmen Foxley apunta sobre todo, en lo determinante en mis poemas, a desentrañar los desplazamientos y evolución del punto desde el cual el hablante de los textos se sitúa frente a la realidad, la disloca o la fija a través de su percepción, y hace de ésta una experiencia cognitiva. Cuestión no sólo sintáctica y prosódica, o estética, sino ética y hasta ontológica. Allí se juega una

cuestión que yo mismo estimo clave para el sentido de mi obra.

—¿Cómo han sido las relaciones con sus compañeros de promoción?

—La llamada Generación del 60 no fue en todo caso una corriente doctrinal ni una serie de pautas estéticas. Yo pondría de relieve, mejor una forma de sociabilidad literaria en cierto modo novedosa. Mis relaciones con mis coetáneos fueron libres y fecundas, solidarias y críticas, mientras pudieron ser, y lo son aún, y lo serán en esta misma medida.

—Usted se cuenta entre los que no vuelven. ¿Por qué?

—No sé por los otros. Yo vuelvo cuando puedo y... a lo que puedo. No siempre cuando ni por el tiempo que quisiera. Lo “chileno” no se pierde ni con una romería a Lourdes. Pero no puedo impedirme un vuelco de alborozo en el corazón a mi vuelta cada vez a París. Casi la mitad de mi vida la he hecho en Europa, y a Francia me atan tantas deudas y cobros como a Chile.

mas del mismo modo como se habla pragmáticamente, por ejemplo para preguntar una dirección en la calle o hacer un pedido al almacén. Ni por las mismas razones. El poema ejerce una cierta presión deliberada sobre las palabras de todos los días, las hace opacas y hasta palpables, distrayéndolas de su función “social” y utilitaria. Y hace así de un decir verbal no ya el instrumento invisible de una intención, sino un objeto agregado al espacio de la existencia, que el poeta erige epifánicamente ante el lector o el auditor. Ante su sensibilidad, sensorialidad, inteligencia, emotividad, o visión.

“No me propongo redundar en la anécdota”

—“Lo poético es algo que tiene lugar en el recinto del lenguaje...” afirmó en el mismo texto donde agregé que “el poema ocupa un ‘más allá’ del lenguaje”. ¿Podría aclarar esta aparente contradicción?

—Atendiendo a sus contextos respectivos inmediatos, estas aserciones no se contrarían. La primera contiene una réplica a la idea común según la cual el poema es una suerte de doble verbal de ciertos aspectos o momentos del llamado mundo exterior: lo que hace que un poema sea tal, o sea, un ente de palabra, se genera en y por las virtualidades del lenguaje y no se extrae ya listo de la realidad extra-verbal. La segunda expresa que la lengua del poema sobrepasa el decir simple, es un “exceso” respecto suyo, un des-borde, o una pedagogía impuesta a los usos sociales de la lengua. Pero al mismo tiempo el hecho de “detener” las palabras en su materialidad o en sus ecos involuntarios las “desvía” de su punto de llegada previsto, o sea, de la finalidad comunicativa estricta de éstas.

—Sus últimos cuatro libros revelan una aproximación marcada a Italia. ¿Razones biográficas o afinidad cultural?

—En el prefacio a *Fuente itálica* traté de responder a ello. Y no es fácil, pues yo no me propongo en mi poesía ni redundar en la anécdota ni en el retrato de gentes o lugares. Aparte el hecho para mí afablemente confesable de mi inclinación por la Italia real y degustable, ésta ha sido en rigor la mejor encarnación de las circunstancias de ciertos poemas, más que el objeto de unos poemas de circunstancia. Lugar geométrico más que geográfico de cierta mitología personal más o menos inconsciente y de ciertas percepciones conscientes.

—¿Cuál es el libro que lo ha dejado más conforme?

—Cada uno en su momento me ha dejado satisfecho respecto de alguna finalidad poética vislumbrada. No lo suficiente, claro está, respecto de otras. Si no, no seguiría escribiendo.

—¿En qué obra trabaja actualmente?

—Ahora acabo de dar por terminado un pequeño librito de pocas páginas y casi cinco años de escritura y des-escritura. Se titula *Deber de urbanidad* y alude, del modo como mi poesía podría aludir a algo delimitado y concreto, a París, un poco a la manera como *Deriva florentina* se refiere correlativamente a la ciudad del Arno. Un París subjetivo e intrahistórico, en el que veo algo así como la encarnación de la entidad urbana. No tengo aún corazón para separarme de su tibieza neonata. Ya pensaré en su publicación.